

á Dios y pido les enseñe á hacer lo que más convenga á la gloria de Dios y bien de la Compañía.» Habiéndose llevado Nuestro Señor á un Hermano llamado Bartolomé Santos, con quien había concurrido mucho tiempo en la estancia, le creció más el deseo de morir; y amorosamente se quejaba á Nuestro Señor diciendo: «¿Cómo, señor, que llevásteis tan presto á un santo como aquel que podía trabajar tanto, y habeis dejado á este pecador y viejo inútil que no sirve de nada? Estando en esta sazón, le acometió un día por la mañana un recio dolor de estómago, y luego llamó quien le confesase: y entrándole á ver el P. Rector, y preguntándole si quería que le diesen el Santísimo Sacramento, respondió: que fuese con mucha prisa, que ya se tardaba. Recibióle con tan grande devoción y ternura, que la ponía á los de casa que estaban presentes. Poco después preguntó él al P. Rector, si le habían de enterrar con el hábito de la Compañía, y que por qué no le recibían en ella? Y juzgando el Padre Provincial con los demás Padres era digno de ser admitido, así por su santidad como por lo mucho que había servido en ella, y por la parte que tenía del Padre Visitador Diego de Avellaneda, le recibieron dándole una ropa y abrazándole con grande amor los nuestros, y no quedando él con menor consuelo de su alma. Pasó aquel día con muy recios dolores y una gran calentura que le sobrevino, no cesando en este interín de alabar á Nuestro Señor y rezar sus devociones; y viendo que se quejaba, y que debían ser grandes sus dolores porque no solía quejarse tanto otras veces, le dijo el Superior: «mucho dolor debe de padecer, pues se queja el Hermano que andaba muy atento á no faltar á la virtud de la paciencia;» preguntó si podía quejarse, y con decirle los que estaban delante que sí, él por concebir de lo que le habían dicho que no, era de tanta perfección, apenas se quejó más. Aunque el Padre Rector dijo en secreto, que sólo Dios sabía cuán recios dolores padecía en todo el cuerpo, y bien se echó de ver cuáles eran, pues en menos de veinticuatro horas le acabaron, estando antes recio y con gran vigor, y él los sufría sin hacer más demostración que preparar un poco los labios cuando más le afligían, y esto guardó siempre, porque nunca dejaba cosa que él entendiese ser de mayor perfección que no la procurase. Aquella noche le olearon, aunque por el recio pulso le pareció al médico duraría más tiempo. Pero él se previno toda ella rezando sus devociones, y en coloquios tiernos con Nuestro Señor y la Virgen y nuestro Santo Padre Ignacio. Fué faltando el pulso, aunque no el juicio y demás sentidos, hasta que, juntos los de casa, se quedó con gran sosiego, dando su alma á Dios y quedando su rostro más apacible que cuando era vivo: enterráronle aquella tarde con la mayor solemnidad que se pudo, juntos todos los del Colegio y Casa Profesa, que así quiso honrar Nuestro Señor á quien tanto se había despreciado en vida: cosa que no fué de menor edificación por ser el santo viejo tan humilde. Y aunque se juzgaba que se había ido derecho al Cielo, con todo, se le hicieron en esta Provincia los sufragios acostumbrados como Hermano nuestro de la Compañía, donde fué admitido y tanto ayudó con sus santos trabajos y ejemplos antes y después de ser Religioso de ella. Murió el año de 1610, á 11 de Septiembre, teniendo de edad 84 años cumplidos, y está enterrado en nuestro Colegio de México.

CAPITULO XIII.

MUY EJEMPLARES VIRTUDES
DEL HERMANO JUAN LÓPEZ DE ARVAISA. AÑO DE 1612.

Fué este siervo de Dios natural de la villa de Durango, en Vizcaya; el cual, habiendo sido recibido en la Provincia de Castilla por Coadjutor temporal de la Compañía, en ella vivió y sirvió á Nuestro Señor con grande ejemplo de virtud por tiempo de 38 años; y los 24 de ellos en nuestra Provincia de Nueva España, ayudándola en las más principales obras y fábricas de sus edificios é iglesias. Porque su ocupación fué de maestro de obras, con grande inteligencia y acierto en la arquitectura, aunque para otros muchos ministerios tenía tan grande traza é industria, como si todos los profesara de propio oficio, con no menos admiración de los de fuera que estimación de los nuestros, que juzgaban ser este dón gratuito de Dios Nuestro Señor; fué esto en tanto grado, que los que más le trataban solían decir: que bastaba poner el Hermano Juan López las manos en cualquier obra para que saliese acertada; porque allí parece que ponía Dios las suyas, con su particular favor y ayuda. Y esto también se le notaba al Hermano, que las obras en que entendía, aunque eran grandes, andaban tan bien, sobrada de gente y avío y dineros para el gasto, y que él los gobernaba con tanta prudencia, se echaba de ver que Dios favorecía los santos intentos con que este siervo suyo trabajaba. Porque en breve tiempo dispuso la fábrica de dos grandes obras y acabó dos templos en esta Provincia. La una del Colegio de México y el otro en la ciudad de los Ángeles, entre ambos de los más suntuosos, vistosos y fuertes que hay en la Nueva España. Y aunque en todas virtudes resplandecía este siervo de Dios, la que en él más lucía haciendo estas obras, era la humildad, porque siendo tan gran maestro no se contentaba con trazar, disponer y repartir á los oficiales lo que habían de hacer, sino que con la misma presteza acudía á trabajar con sus manos para tirar las sogas, para subir los materiales y para disponer la argamasa y otras cosas propias de los mismos indios más bajos y viles, sin habersele notado ver alguna que se mostrase cansado ó que estuviese ocioso jamás.

No menos mostró su humildad en que sabiendo perfectamente latín y otras facultades mayores, no se le oyó jamás hablar una palabra tocante á estas materias, sino con mucha modestia decía: «á nosotros los Hermanos Coadjutores nos dió Dios Nuestro Señor la suerte de Marta, y debemos estar contentos y agradecidos á su Majestad por ella.» La misma virtud de humildad mostraba en haber sido de un ánimo rendido y obediente en grado heroico á las constituciones, reglas y ordenaciones generales y particulares de nuestra Compañía, sin haber hecho réplica ni proposición á cosa que se le mandase, sino que con igual prontitud acudía á todo lo que se ofrecía por humilde y despreciado que fuese, y aderezar y deshacer lo que con mucho cuidado y gusto había comenzado, cuando así se lo ordenaba cualquier superior que fuese. Y aunque esto fuera virtud en aquel que no fuera diestro

en las materias que trataba, pero mucho mayor en persona de tan grande capacidad como el Hermano Juan López, el cual en estas ocasiones solía decir: «á mí me importa más que el obedecer, y tanto me darán por deshacer como por edificar,» y así era necesario cuando los Superiores le mandaban alguna cosa que juntamente lo ordenasen que propusiese, si había algún inconveniente en lo que se le ordenaba, porque se había advertido que era tanta la sencillez de su obediencia, que aunque fuese contra lo que sabía, nunca juzgaba que él podía ir errado en cumplir lo que se le mandaba.

En la virtud de la religiosa pobreza fué ejemplarísimo: era pobre el vestido, comida y aposento; apenas tenía en que sentarse, ni aun de candelero usaba, contentándose con poner la vela en un hoyo en el suelo, y solía decir que en la casa de Dios todo le sobraba; teniendo por inútil é ignorante; y en algo le pedían parecer, respondía con notable encogimiento: con todos era sobremanera caritativo y afable, sin que se le oyese queja ni murmuración alguna, con un perpetuo silencio, excusando cualquiera palabra ociosa; cuando oía alguna de alabanza propia, así se corría como pudiera otro hacerlo con una afrenta; todo lo cual procedía del ordinario trato que tenía con Dios Nuestro Señor en la oración, á que fué muy aficionado, sin alzar el pensamiento de ella entre sus ocupaciones y trabajos, con que dejó llena esta Provincia de edificación y santa envidia de su dichosa vida, consumándola con su feliz muerte y pureza virginal, como lo testificó después su padre espiritual; habiéndole oído una confesión general de toda su vida, que aunque aquí está escrita sumariamente, en ella nos dejó admirables ejemplos de aquellas virtudes en que está la verdadera santidad. Murió este siervo de Dios de 56 años de edad, en el de 1612, y está enterrado en nuestro Colegio de México.

CAPITULO XIV.

VIRTUDES EJEMPLARES DEL HERMANO NICOLÁS GALLARDO,
COADJUTOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. AÑO DE 1614.

De 64 años que dió Dios de vida á este muy Religioso Hermano nuestro, los 45 vivió con grande ejemplo de virtud en nuestra Provincia de Nueva España; habiendo empleado antes dos años en servir con grande humildad en el Colegio de Alcalá, donde fué recibido; y en todo este tiempo dió tales y tan perseverantes ejemplos de sus virtudes el Hermano Gallardo, que duró por largo tiempo la memoria de ellas, y fueron de mucha edificación en la Provincia. Y porque demos principio por la de su oración (que es la que conserva y fecunda las demás virtudes), siempre se le conoció una muy asentada y fervorosa devoción y trato con Dios Nuestro Señor y la Santísima Virgen y otros santos, especialmente con nuestro Santo Padre Ignacio; su oración era cuidadosa y muy aventajada, así en el tiempo como en el provecho. Levantábase á tenerla de noche una hora antes de la Comunidad, donde proponía la continua presencia de Nuestro Señor que or-

dinariamente traía. Los días de Comunión era grande el recogimiento y silencio que guardaba, de manera que aunque le fuesen á hablar apenas respondía, sino con palabras muy necesarias, y sólo entreteniase con Dios este día. De esta su continua oración, devoción y ejercicio de cosas espirituales, le nacía el tener particular gusto de oír y hablar cosas de Nuestro Señor dentro y fuera de casa; donde raras veces salía, ni tenía conocimiento ni gustaba tratar con persona de fuera, como un hombre ya muerto al mundo; y así como desocupado lo daba aún muy exacto cumplimiento de los oficios en que le ponía la obediencia, y en que siempre trabajaba con grande perseverancia. Tenía muchos y provechosos talentos, los cuales, como muy obediente, todos los ejercitaba con satisfacción de los superiores; y hechos los oficios en que la obediencia le puso los 34 años que vivió en esta Provincia: fué uno de los primeros que de ella pasaron á las Filipinas, donde trabajó loablemente por espacio de cuatro años, siendo compañero del insigne varón Padre Alonso Sánchez, de quien por su mucha virtud fué muy estimado. Vuelto á esta Provincia con el dicho Padre, se ocupó en casi todos los oficios de nuestros Hermanos Coadjutores con grande edificación y ejemplo, y particularmente en el de hospedero y ropero que ejercitó en el Colegio de Tepotzotlán por espacio de doce años, donde estaba el noviciado; juntábase á ésta el cuidado de la cultura de una huerta que aquí hay, poniendo, trasplantando é ingiriendo árboles en que tenía muy buena gracia. Lo que le sobraba de estas ocupaciones, gastaba en cosas espirituales de devoción y lección de libros devotos y llanos, echándose de ver el fruto que sacaba en la grande humildad que se le notaba, no oyéndosele palabra en que mostrase ó trajese á plática lo que hacía, ó las facultades que sabía. Teníase por el menor de casa, respetando á todos los Padres como si fueran Superiores; y cuando hablaba con quien lo era, había de ser estando siempre descubierta la cabeza, no se la hacían cubrir; y fué tal esta humildad y reverencia que con los mayores guardaba el Hermano Gallardo, que estando cercano á su muerte, y no conociendo bien á los que le hablaban, llamó de Hermanos á algunos Padres que le visitaban; y sabiéndolo después se afligió de suerte por ello, que pidió se los llamasen para pedirles perdón: tanto como esto respetaba en particular á los Sacerdotes; con ser muy achacoso y enfermo, no sólo no era cargoso á los otros, sino que antes él solo hacía más en beneficio de la casa que muchas personas juntas. En su comodidad era tan mortificado, tolerando tanto su necesidad, que confundía á todos sus compañeros. Al principio de la Cuaresma llevaba á registrar un papel y catálogo de las penitencias y mortificaciones que había de hacer, como si fuera novicio, porque deseaba fuesen acompañadas de la virtud de la santa obediencia, y ellas eran con tanto rigor, como si fueran de mancebo de robusta salud; y si se las querían moderar como convenía, diciéndole que estaba ya viejo, replicaba que por serlo, y haber de morir presto, era bien hacer más penitencia. Los viernes y sábados de todo el año hacía sus mortificaciones públicas en el refectorio, pidiendo algunas veces de limosna la comida, y ayunando á pan y agua algunos otros días; en la obediencia fué muy exacto, cuando le pedían los Hermanos alguna medicina, ó le preguntaban algún remedio para algún achaque, no daba respuesta sin primero preguntar si traía licencia para ello: tanto como esto andaba atento á la observan-

cia de sus reglas. En la pobreza era estremado, trayendo lo más viejo y roto de casa; y sobre todo, lo que más aficionaba á todos era la grande caridad que tenía así con los de casa como con los de fuera, acudiendo y curándolos en sus achaques y remediando sus necesidades en cuanto podía; gustaba de ordinario ir de noche á la quiete de los novicios, estando entre ellos con grande modestia y apacibilidad, y gozando de los ejercicios de virtud que allí se tratan: fué grande la conformidad que guardó con la voluntad de Nuestro Señor, en que está lo fino de la santidad, lo cual mostró en la última enfermedad de que murió; sufriendo sus dolores y dando gracias á Nuestro Señor por ellos; pidiendo á los Padres y Hermanos que las oraciones y misas que le ofrecían fuesen en remisión de sus faltas. Hizo antes de irse á curar á México una confesión general, y cuando le dieron el Santísimo Sacramento se hincó de rodillas en la cama para recibirle con grande devoción: recibió también la extremaunción, respondiendo él mismo al Sacerdote que se la administraba, y con tan grande consuelo, como quien se despedía de esta vida para ir á gozar de la eterna. Llevando gran confianza en la gran misericordia de alcanzarla, y dejando gran satisfacción de que iba á gozarla el que tantos años, y con tan grande perseverancia y constante ejercicio de religiosas virtudes la había pretendido; y quédese dicho, que aunque en esta y otras vidas semejantes que de nuestros Hermanos escribimos, sin otras que por la brevedad dejamos, no se refieran y cuenten cosas muy raras y extravagantes, lo cierto es que sin esas se puede hallar verdadera santidad, como se halla en la obediencia perfecta y religiosa de los consejos evangélicos, pues á esta observancia canonizó Cristo Nuestro Señor en el célebre sermón del monte, llamándola ocho veces, repetidamente, bienaventurada.

CAPITULO XV.

VIRTUDES EJEMPLARES Y SANTA MUERTE
DEL HERMANO JUAN DE ALDANA, COADJUTOR TEMPORAL
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.
AÑO DE 1625.

Nació este siervo de Dios en la Andalucía, en la ciudad de Antequera, de padres honrados; pasó á las Indias en servicio de Don Álvaro de Portugal, primo del Marqués de Villamanrique, Virrey de la Nueva España; y desengañado de lo poco que hay que fiar en pretensiones del mundo, se resolvió á recogerse á la Religión y pedir ser recibido en la Compañía; recibióle en ella el Padre Antonio de Mendoza, Provincial de la Nueva España. En el discurso de su vida, y en los varios puestos de la Provincia, tuvo diversas ocupaciones, unas domésticas y otras del campo, y á veces acompañó á Padres Provinciales; estuvo también en los seminarios que están á cargo de la Compañía, y en todas estas ocupaciones se portó siempre con humildad, ca-

ridad y mortificación, venciendo y sujetando su natural que de suyo era fogoso y colérico, lucha que le duró toda la vida, y le fué materia de merecimiento que no lo es pequeño el vencer uno su natural; últimamente, le sacó la obediencia para que fuese en compañía del Padre Rector que iba á la fundación del Colegio del Realejo, donde vivió tres años en su compañía, con todos los oficios domésticos y la escuela de los niños, á los cuales perfectamente y con grande cuidado enseñaba la doctrina, el temor santo de Dios, escribir y leer; con tanta edificación, que era para darle muchas gracias por la diligencia que ponía en este santo ministerio. Esmerábase, demás de lo dicho, en el aseo y curiosidad de los altares, barriendo personalmente la Iglesia todos los días, sin querer ayudarse de los muchachos domésticos; y ayudaba, demás de eso, con mucha devoción y modestia todas las misas que en casa se decían, sacando como á volar aquellos incultos muchachos para enseñarlos á servir en aquel evangélico ministerio.

Los dos últimos años de su vida se echó de ver que mostró Nuestro Señor le prevenía para la dichosa muerte y premio que á este siervo le quería dar, porque con notable instancia pedía á su Superior licencia para disciplinarse todos los días de la semana y traer cada día el cilicio; y raras veces dormía estos dos años en su cama, sino sobre una mesa y los libros de su devoción por cabecera, sin querer usar de pabellón que es necesario en aquella tierra para defenderse de los enjambres de mosquitos, que molestan grandemente de noche en aquel puerto. Ayunaba él tres días á la semana á pan y agua, y si en la Comunidad se comía cosa particular que enviasen de fuera, él guardaba su parte para regalar á algún enfermo de los muchos que hay de ordinario en aquel puerto, á quienes visitaba y ayudaba con tanta edificación, que sacaba por la calle él mismo los vasos más humildes é inmundos y los iba á lavar al río; y para ejercitar la caridad con los enfermos en tierra tan pobre y desamparada como es aquella, tenía una botica de drogas y raíces de la tierra, y sabía aplicarlas con tanta destreza, que hacía curas admirables. A un maestro de una nao que moría rabiando de un cruel dolor de cabeza, le aplicó una medicina que le hizo echar por las narices mucha cantidad de gusanos, y enviándole el maestro del navío 100 pesos, se los volvió, diciendo: que la santa Compañía hacía gratis todas las cosas y acudía á los cuerpos para ganar las almas; enseñaba con gran celo y fervor á los negros de casa la doctrina y la cantaba con ellos, y un modo breve de confesarse, y á vuelta de los negros le ofan de muy buena gana los blancos, y se aprovechaban mucho de su enseñanza.

Ultimamente, no habiéndose proseguido en la fundación de aquel Colegio por justos respetos, salió el Hermano Juan en compañía de su Rector para volver á la Provincia por orden del Provincial, media Cuaresma, y en este largo camino no se podía recabar de él que durmiese en colchón sino sobre el sudadero de la cabalgadura y la silla por cabecera; la campanilla con que despertaba antes del día para caminar á los compañeros, era su disciplina cada día, azotándose cruelmente; y la Semana Santa ayunando en ella á pan y agua; y aunque el Superior le iba á la mano, decía: «Padre, yo viendo que es esta Cuaresma la última de mi vida, déjeme vuestra reverencia castigar el cuerpo, que muchas veces hizo al alma atropellar la ley de Dios:» y no es mucho que hiciese esto el que, cuando estaba en alguna de

las haciendas de campo que le entregaba la Compañía, si sucedía faltar el agua del Cielo á las sementeras, se iba á una barranca, donde pidiendo á Dios su misericordia se disciplinaba fuertemente, y decían de él, que decía hablando con Nuestro Señor: «Señor, ó ha de llover, ó aquí ha de quedar Aldana;» que de estas llanezas gustaba Dios oír á sus siervos. Enfermó en este camino de la enfermedad con que remató su vida, é hizo grande instancia á su Superior para que llegasen á un pueblo que se llama de los Esclavos, donde está una imagen de la Virgen milagrosa á quien el Hermano tenía especial devoción, y tres años antes, cuando iba al Realejo, se detuvo allí dos días estando continuamente hincado de rodillas delante del altar; y así, en llegando al pueblo, se hizo llevar delante de algunos españoles cofrades, hizo gracias á la Virgen por la merced que le hacía en darle sepultura en su casa. Confesóse generalmente de toda su vida, con tanto fervor, que á no irle á la mano, muchas veces quiso decir sus pecados á voces. Recibió el Santísimo Sacramento por Viático, haciendo un tierno coloquio con que enterneció á los circunstantes, y luego el santo Oleo; y con enterza de todos sus sentidos, sentado en una cama que se le preparó, abrazando un crucifijo y besando las llagas, y puesta la boca en la del costado, espiró y dió su alma á Nuestro Señor. Pidió antes, con mucha humildad, que le escribiesen en el libro de la Cofradía de aquella santa imagen, y el mayordomo y diputados lo hicieron con mucho gusto y escribiéronlo, teniéndose por dichosos de tener en su pueblo é Iglesia el cuerpo de este santo Hermano. Murió al salir del sol, y para su entierro y Misa de cuerpo presente le honró Nuestro Señor, porque de varias partes acaso, ocurrieron tres clérigos á pueblo tan apartado que oficiaron la Misa y el oficio de la sepultura, mostrando Nuestro Señor haber sido preciosa su muerte en sus divinos ojos. Murió á 7 de Abril del año de 1625, á los 62 años de su edad y 36 de Compañía.

CAPITULO XVI.

VIDA DEL MUY DEVOTO, EJEMPLAR Y RELIGIOSO HERMANO
BARTOLOMÉ RUIZ, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.
AÑO DE 1618.

Llamó Dios Nuestro Señor á este su siervo con una eficazísima vocación á su Compañía, para que con raro ejemplo de virtud sólida y perseverante, por tiempo de 40 años le sirviera en ella. Y aunque en su vida no se nos ofrezcan cosas que por exquisitas y extravagantes parezcan admirables, pero sí resplandecieron en ella aquellas virtudes en que consiste la perfección y santidad religiosa á que corresponde el premio cien multiplicado que prometió Cristo Nuestro Señor con la vida eterna, significando á la hora de su muerte este siervo de Dios que iba á recibirla, como después veremos.

Fué natural de Sevilla Bartolomé Ruiz, de padres tan cristianos y celosos de la fe católica, que por haber oído que en aquellos años con

espanto del mundo habían dado en algunas herejías ciertos letrados, con recelo (aunque indiscreto) no consintieron que su hijo aprendiese ni aun á escribir y leer, contentándose con que en santo temor de Dios se criase, y esto se le imprimió tan veras al virtuoso mancebo, y prosiguió con tanto aprovechamiento en su educación, que en lo florido de su edad era ejemplo y dechado de virtud, y de quien fiaban tanto en Sevilla los Padres de la Compañía de aquel tiempo, que las obras más pías y de mayor confianza que se les ofrecían se las encomendaban. Estas eran: encargarle las mujeres públicas que se convertían, para que las llevase á los puestos donde habían de estar con recogimiento y amparo. En este tiempo era Bartolomé Ruiz muy puntual en la frecuencia de Sacramentos, y en tratar de su aprovechamiento espiritual con el Padre José Alvarez, que por su gran santidad era muy conocido en Sevilla. Pero con todo, no contento ni satisfecho con este modo de vida, se determinó pasar á las Indias, no en busca de oro ni plata, sino para pretender entrar en la Compañía; porque en España para hacer y emplearse en tan buenas obras en su estado de seglar, se le dilataba el recibirle. Pero su vocación era tan perseverante y fuerte, que no sufriendo esas dilaciones tomó por medio, para el cumplimiento de sus deseos, pasar á las Indias, y en ellas tratar con la Compañía en prosecución de este santo intento; se embarcó para nuestra Provincia de Nueva España, donde luego que llegó pidió ser recibido en la Compañía; satisfecho de sus buenas partes y calidades, el Padre Doctor y Provincial Pedro Sánchez luego lo recibió en ella.

Desde su primera entrada en el noviciado dió tales muestras de virtud el Hermano Bartolomé Ruiz, que hacía raya entre los demás novicios; y lo que fué de más estima de sus excelentes virtudes, fué la perseverante uniformidad con que por tiempo de cuarenta años con un mismo tenor de observancia religiosa vivió en la Compañía. Ocupóse en todos los oficios de su grado de Coadjutor temporal, cuando le ponía la obediencia en ellos, y con tan grande continuación, que se decía de él que había sido provechoso á la Religión, y había trabajado en ella hasta el mismo día que le dió la enfermedad de su santa muerte. Era amicísimo de seguir en todo la Comunidad, sin hacer falta en los ejercicios de ella, y en particular tan dado á la oración, que todo el tiempo que le sobraba de los oficios en que lo ocupaba la obediencia, lo empleaba en ese santo ejercicio retirado en su aposento; su devoción con la Santísima Virgen Nuestra Señora fué tiernísima y tan afectuosa, que á sus solas se ponía con una imagencita suya que tenía, tratando con esta Señora como un hijo con su madre; contándole á veces algunas chanzonetas en voz muy argentada como la tenía, y encendiéndose en este ejercicio su afecto, de suerte que derramaba muchas lágrimas. De esta su afectuosa devoción que á la Reina de los Ángeles tuvo, sacó la pureza angelical de cuerpo y alma que pide nuestro Padre San Ignacio á sus hijos que imiten. Y fué tal ésta en el Hermano Bartolomé Ruiz, que con ser hombre robusto y grueso, y que siendo de buena edad ejerció el oficio de comprador y de limosnero de la Casa Profesa, en que le era forzoso tratar con tanta gente, andaba con tanto recato y cuidado, que nunca le apretó tentación de carne que le diese fatiga, y dijo de él el Padre Doctor Pedro de Morales (cuya vida dejamos escrita), el cual comunicó mucho á este

Hermano, y supo lo íntimo de su alma que nunca la había mancillado con pecado deshonesto, y que se conservó puro y virgen hasta su dichosa y santa muerte. Y bien dice con esto lo que arriba escribimos, de que aun cuando era seglar en Sevilla, le encomendaban los Padres que guardase y llevase á recogimiento las mujeres que se convertían á vida de penitencia. A la pureza de vida del Hermano se juntaba su singular piedad y caridad, que fué tanta, que haciendo el oficio de ropero acudía á las necesidades de todos, y le llamaban la madre de casa; y siendo comprador y limosnero, si le daban alguna cosa de regalo, su gusto era recibirlo y traerlo, no para sí, sino para emplearlo en la Comunidad. Y guardaba tanta caridad con sus Hermanos, que si por su ocasión (aunque en ella él no tuviese culpa) al guño otro se impacientaba, él se congojaba y afligía, de suerte que no paraba hasta darle una y muchas satisfacciones, para que su Hermano no quedase desconsolado y con alguna amargura. Y aun en las plazas y mercados, si sucedía alguna disensión, tenía gracia para componerla, sin hallarse quien de él tuviese queja alguna ni se le oyese palabra de desabrimiento; y si á él se la decían, la llevaba con singular paciencia. La bondad y sinceridad de trato en el Hermano Bartolomé Ruiz era notable; sin que jamás se le conociese género de doblez ni en palabra ni obra. En la virtud de la pobreza se esmeraba tanto su cuidado, que aunque recogía las limosnas jamás disponía de cosa alguna, por mínima que fuese, sin licencia de los Superiores. En la perfección de la obediencia que en la Compañía se profesa, fué notablemente puntual y cuidadoso; y en caso que se le ofreciese algo, en viendo resuelto al Superior, con profunda humildad y resignación sin más réplica se sujetaba.

A todas estas virtudes, ejercitadas con raro ejemplo de religiosa observancia, acompañó su mortificación y paciencia en padecer grandes achaques y dolores de orina, y esto con tanto silencio y tan sin ruido, como si no viviera ni estuviera en casa. Y esa misma paciencia mostró en su última enfermedad de que murió, que fué un riguroso tabar dillo que se lo llevó en cinco días; habiendo recibido los santos Sacramentos, y con tanta paz de su alma, que cuando le decían que se moría, el gozo de esta nueva que para otros suele ser tan amarga y triste, en él prorrumpía en júbilos de alegría, porque la miraba como tránsito para la vida eterna; dejando grandes prendas de que iba á gozarla. Murió en nuestra Casa Profesa el año de 1618, y 81 de edad como queda dicho.

CAPITULO XVII.

VIDA EJEMPLAR Y RELIGIOSA DEL HERMANO JUAN DE ALCÁZAR, COADJUTOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Al tiempo y grado verdaderamente de Coadjutor temporal, y muy Religioso de la Compañía de Jesús, correspondió la vida y dichosa muerte de nuestro Hermano Juan de Alcázar, cuya vocación y entrada en nuestra Compañía fué de mucha edificación; y se echó de ver

que había venido inspirado del Cielo, porque estando bien acomodado en el Palacio del Marqués de Villamanrique, Virrey que entonces era de esta Nueva España, renunciando las esperanzas que podía tener en servir á príncipe de la tierra, escogió por mucho más dichoso estado el servir en la casa de Dios; y echóse bien de ver este santo intento con que vino á la Religión, en la perseverancia y observancia con que por tiempo de 36 años se ejercitó en la Compañía en los oficios más trabajosos de ella. Porque lo primero en nuestro Colegio de México se ocupó en la cocina y enfermería en tiempo que había muchos enfermos, y con la caridad que tenía y deseo de servirles, se ofrecía á los Superiores para hacer toda su vida este oficio que le ejercitó algunos años. Pero por ser hombre de confianza y seguridad les pareció á los Superiores ocuparlo en haciendas del campo del Colegio de México y del de Tepotzotlán, en las cuales pasó más de 20 años continuos con muy grande ejemplo y edificación de los seglares con quienes continuamente trataba; teniéndole todos mucho respeto por la virtud y religión que conocían en él, sin que ninguno de ellos jamás pusiese falta en su persona; siendo muy recatado en su buen proceder, y tal cual en un hijo verdadero de la Compañía se podía desear; y con manejar tanta hacienda como entraba en su poder y pasaba por sus manos, en materia de pobreza era muy advertido y atento, comunicando con los Superiores y pidiéndoles licencia para lo que había de hacer, y de otra parte muy descuidado de las cosas de su propia comodidad; el vestido traía roto, y en los caminos ahorrraba de gasto aun en lo muy necesario para su sustento, contentándose con unas tortillas de maíz secas y duras, ó tamales como los que los indios gastan; y con este pobre sustento estaba contento en los muchos y largos caminos que para visitar las haciendas hacía, durmiendo muy continuamente en el campo, sin más abrigo que el de su manta, ni otro colchón que el sudadero de la bestia en que caminaba, y por almohada la silla; y aun estando en casa lo más ordinario era dormir vestido por penitencia, á ésta añadía otra de disciplina y un áspero cilicio de hierro; y conociendo que el ejercicio de la oración es sustento de las demás virtudes, era muy cuidadoso en ella, levantándose muy de mañana para tenerla y previniendo al Hermano que estaba en su compañía le despertase alguna vez si se durmiese. Tenía un cartapacio de largas devociones, y estas, por tarde que fuese y causado que estuviese, no había de pasar día sin que las rezase; entre estas no era la última la que tenía á la Virgen Santísima, á la cual acudía como á Madre y se encomendaba, y pedía á otros que le encomendasen á esta Señora para que le ayudase y librase de los peligros y ocasiones que suelen suceder en el campo; y mostraba el afecto que tenía á esta devoción, en que las veces que venía de la estancia al Colegio, llamaba á solas á otro Hermano, muy fervoroso devoto de la Santísima Virgen, al cual con mayores palabras y mucha humildad le pedía que le enseñase algunos medios para tener entrada con tal Señora, dejando muy edificado á aquel Hermano con quien trataba de estas pláticas. De los indios que enfermaban en la hacienda tuvo siempre muy grande cuidado, acudiendo á su regalo y cura, quitándose el bocado de la boca para dárselo á ellos, y aun á otros que venían de fuera á pedir algo de medicina, cuidaba fuesen consolados y se les socorriese de lo que había en casa; acudía también á socorrer las necesidades de maíz que suelen pa-